

las letras: limpió los caminos de ladrones y envió una costosa expedición á Jamaica, invadida por los ingleses de resultas de los informes de Tomás Gage, fraile que les descubrió la debilidad de las posesiones españolas.

Fundó este virey la Villa de Alburquerque, protegió á los misioneros, reduciendo á muchos indios al cristianismo, y trató, aunque en vano, de poner arreglo en algunos ramos de su administracion.

Visitando en los últimos dias de su vireinato la obra de la Catedral, que aún no estaba concluida, y tenia bóvedas de madera, entró á orar en la capilla de la Soledad en que se hallaba Nuestro Amo manifiesto, cuando penetró, sin ser notado, un jóven como de veinte años, soldado español, quien con la espada desnuda se dirigió al virey, gritando que lo tenia de matar. El virey se puso en actitud de defensa. Repuestos de su sorpresa los acompañantes del virey, aprehendieron á aquel demente, y juzgado brevisimamente, fué condenado á ser decapitado y á que despedazasen su cuerpo, atándolo de piés y manos á las colas de cuatro caballos. La horrible ejecucion en la Plaza Mayor, tuvo lugar en Marzo de 1660.

Sucedió al duque de Alburquerque el Sr. D. Juan de Leyva, marqués de Leyva y Labrada y conde de Baños.

Prosiguió la obra del desagüe, envió expediciones á California y aplacó una sublevacion habida en Tehtantepec.

Las poblaciones del Nuevo México recibieron fomento y se aumentaron hasta formar veinticuatro pueblos.

La sublevacion de Tehuantepec fué originada por la duplicacion de impuestos y por las iniquidades que allí se cometian con los indios.

El clero se habia ingerido á tal punto en los negocios, que el obispo Begueyro excomulgó algunos estancos, como el del comercio y efectos de China; lo mismo hizo con el ramo de pulque y contra los que interceptasen la correspondencia.

Las guerras de España, desde los primeros dias de la conquista de la Nueva España, habian sido frecuentes con ingleses,

portugueses, franceses y piratas que infestaban nuestros mares. En tiempo del conde de Baños se ajustaron tratados de paz, pero el mismo rey los quebrantaba y la piratería continuaba invadiéndonos fatalmente; aunque en este tiempo se ajustó la paz con Inglatera, siguió la de Portugal, y por consiguiente, en México las contribuciones y el envío de caudales que fomentaba el desórden en toda la administracion.

Por aquel tiempo, las rentas públicas importaban un millon seiscientos mil pesos, poco más, invirtiéndose en la administracion un millon, y doscientos mil en mercedes á conquistadores, situados para España y gastos extraordinarios, á no ser cuando se destinaban cantidades á los presidios.

A las cantidades que se recaudaban no se les daba la debida aplicacion cuando se necesitaban en España; de ahí nacian los inmensos gravámenes de las cajas.

Al conde de Baños, desde los primeros dias de su gobierno, le ocasionaron graves disgustos sus hijos, uno de los cuales mató á un criado del conde de Santiago; así es que, lleno de sinsabores, dejó el gobierno y pasó á España, donde tomó el hábito de fraile carmelita.

El gobierno de D. Diego de Osorio, obispo de la Puebla, que sucedió al conde de Baños, duró sólo cuatro meses, activando la obra de la Catedral y haciendo algunas fundaciones piadosas.

Por aquellos tiempos, segun el padre Cabo, que no determina la fecha, el Popocatepetl vomitó cenizas durante cuatro dias, difundiendo por todas partes el espanto; el Sr. Osorio, al regresar á Puebla, renunció el Arzobispado de México, para el que habia sido nombrado poco ántes.

LECCION UNDECIMA.

D. Sebastian de Toledo, marqués de Mancera, 24º virey (15 de Octubre de 1664).—D. Pedro Nuño Colon de Portugal y Castro, duque de Veraguas, 25º virey (Diciembre 8 de 1673).—D. Fr. Payo Enríquez de Rivera, descendiente de Cortés y Arzobispo de México, 26º virey (Diciembre 13 de 1673).—D. Tomás Antonio Manrique de la Cerda, marqués de la Laguna y conde de Paredes, 27º virey [Noviembre 30 de 1680].

La pérdida irreparable de la Florida infestó los mares de corsarios que asaltaban impunes nuestros puertos y exigían gastos enormes para la custodia de las costas.

En 1665, el corsario inglés Davis sorprendió y saqueó la Florida. Murió al siguiente año Felipe IV, y la administración sufrió grandes trastornos mientras estuvo gobernando la reina viuda. Enviáronse, sin éxito, dos expediciones á California, y el contrabando hizo progresos increíbles.

En anarquía la administración, cometiendo cada día mayores abusos el clero, y exhaustas las cajas por los compromisos que contraía España para sostener sus constantes guerras, el comercio y la industria de la Nueva España estaban en el mayor abatimiento.

“Y cómo había de ser de otro modo—dice el Sr. D. Manuel Rivera en sus “Gobernantes de México”—si los vireyes ya no venían animados de sentimientos de piedad en favor de los pobres, ó por celo cristiano? Lo repetimos: tanto ellos como sus criados volvían cargados de dinero, á causa de que á éstos les daban los oficios de alcaldes mayores. Dichos alcaldes iban no á administrar justicia, sino á tratar y contratar, principalmente los que tenían á su cargo reales de minas, pues vendían el azogue, sal, fierro y otros efectos que remataban, á como querían, haciéndose esto en mayor escala en tiempo del duque de Alburquerque y del conde de Baños, cuyo tiránico po-

der, así como el de sus hijos y esposa, fué de tristísima memoria.”

Impusieron préstamos en tiempo del Sr. Mancera para cubrir los gastos de la casa real, y se separó como sisa ó préstamo forzoso, la mitad de todas las rentas y mercedes, cantidad que fué remitida á España.

Para que nada faltase á este cuadro, la Inquisición aumentó su dominio paralizando la acción de la justicia, intervenía en las rentas y se ponía, promoviendo competencias, frente á frente de los vireyes.

Los indios, como siempre, á pesar de las leyes y de las muchas disposiciones que parecían protegerlos, seguían guardando con los encomenderos fatal situación; en varias partes, como en Durango, huían á los montes y preferían perecer, al mal trato de los encomenderos y la tiranía de los gobernadores.

En 1673 dejó el mando el marqués de Mancera, y al partir, murió la reina en Tepeaca.

En los últimos días del marqués de Mancera se hizo sentir en México la escasez de maíz; D. Pedro Colon, su sucesor, dictó providencias para atenuar estos males.

La prohibición del comercio del Perú había paralizado muchos giros; las castas se entregaban á la ociosidad más peligrosa. Habiendo tan escasos medios de subsistencia para la clase media, el número de clérigos y frailes era tal, que sólo en la mitra de Puebla se contaban dos mil clérigos.

Las distinciones entre gachupines y criollos se hacían cada vez más peligrosas, y más arbitraria la autoridad de los que la ejercían, ya á nombre del rey, ya por jurisdicciones especiales, mercedes, privilegios y encomiendas.

A los pocos días de ejercer el mando murió el duque de Veraguas, quien era hombre de muy avanzada edad, y se encargó del gobierno el Sr. Arzobispo D. Payo Enríquez de Rivera, quien tenía para tal caso los poderes correspondientes.

El Sr. Payo de Rivera gozaba de universales simpatías, y la

fama de su buen gobierno en Guatemala alimentaba esperanzas que el recto prelado supo reiterar.

Dedicóse preferentemente á las mejoras materiales; terminó el palacio de los vireyes, corrigiendo cuanto le fué posible su defectuosa arquitectura.

Reparó muchos puentes y construyó otros para facilitar el tránsito por la ciudad.

En 1675 se comenzó á acuñar oro en la Casa de Moneda, lo que ántes estaba prohibido.

En 1676 se incendió el templo de San Agustín, cuyo techo era de madera con cubierta de plomo, el que fundido, convirtió en más voraz el incendio.

En ese mismo año fué la jura del rey Carlos II y la fundación del Hospital de Betlemitas.

Trató el virey formalmente de colonizar Californias, y se dedicó al arreglo de los diversos ramos de la administración, invirtiendo el Arzobispo Virey en obras del bien público sus pingües rentas, no reservándose sino una corta cantidad para su subsistencia.

En cuanto al clero, se trató de poner algún orden disminuyendo las limosnas del erario á varios conventos.

Los dominicos en aquella época tenían tres provincias, México, Oaxaca y Puebla; cinco los franciscanos, con los nombres de San Pedro de México, San Pablo de Michoacán, Santiago de Jalisco, San Salvador de Tampico y Nuestra Señora de Zacatecas; San Agustín dos, en México y Michoacán; la Compañía dos, una en México y otra en Nueva Vizcaya (Durango). Además de estos conventos, cobraban limosna de las cajas reales los de la Merced.

El virtuoso virey de que nos ocupamos publicó varias disposiciones para que no esclavizaran ni estorcionaran á los indios, pues á pesar de las leyes y disposiciones que expedía la corte, su situación fatal en nada cambiaba; prohibióse aunque sin buen éxito, el requerimiento á las puertas de la iglesia, de los tributos de los indios; se disminuyeron los alcaldes mayores y

se aconsejó á los franciscanos la templanza en el cobro á los indígenas de cuarenta mil maravedís por cada cuatrocientos indios que doctrinaban.

A pesar de la benignidad de este virey, llevó á cabo rigurosísimamente la bárbara real cédula de 1679 que *mandó quemar las moreras y gusanos de seda*, castigando con penas severísimas á los contraventores.

El Sr. Payo Rivera regresó á España en fines de 1680, dejando su librería á los jesuitas, y lo poco que poseía á los establecimientos de beneficencia y á los pobres.

En España renunció los empleos y los honores con que se le quiso recompensar sus servicios, y terminó sus días en un monasterio en 1684.

En México fué profundamente sentida su muerte, y se le hicieron honras magníficas, recibiendo el pésame el virey vestido de luto.

El gobierno de D. Tomás Antonio de la Cerda, conde de la Laguna, sucesor del virey Arzobispo Payo de Rivera, fué muy turbulento, y el virey estuvo muy distante de merecer los apasionados elogios de su protegida, nuestra célebre poetisa Sor Juana Inés de la Cruz.

A su llegada, se habían sublevado los indios de Nuevo México, sacrificando veinte padres franciscanos y obligando á las fuerzas que custodiaban aquellos lugares á refugiarse en el Paso del Norte.

El virey mandó una expedición á este punto, que tuvo fatales consecuencias.

Determinóse entonces á colonizar Santa Fe, depachando trescientas familias, lo que fué mucho más eficaz.

En Oaxaca estalló otra rebelión con motivo de las alcabalas, que tuvo que aplacar el virey.

En 1683 partió D. Isidro de Otondo con otra expedición para la California.

Durante estos sucesos, en México, en 1682, se estableció el

juez privativo de alcabalas, aumentando lo odioso y abusivo de esa renta.

El virey impulsó por estos días la construcción de la Catedral de Michoacan, sin descuidar los aprestos para resistir, llegado el caso, las expediciones francesas y las invasiones de los piratas.

Entre las expediciones piráticas, cuéntase en aquella época (1683), la del mulato *Lorencillo*, quien por un homicidio había tenido que huir de Veracruz á Jamaica.

Los piratas estaban mandados por Nicolás Agramont. Desembarcaron en Veracruz proclamando al rey de Francia, haciendo fuego sobre la población el 18 de Mayo de 1683.

El día 19 quiso quemar la iglesia Agramont, con toda la gente que estaba en ella y que se llenó de terror.

Fueron sacados de la prisión los negros y mulatos; saquearon los templos, y después de cometer toda clase de atrocidades-partieron con un botín de siete millones de pesos.

La alarma que la expedición de Lorencillo produjo en Méjico, fué inmensa; alistáronse tropas y salió el virey en persona para Veracruz, pero todo fué inútil.

El gobierno dispuso, desde entónces, que los caudales remitidos á aquel puerto permanecieran en Jalapa hasta que no hubiese las competentes seguridades de su embarque.

El comercio de la Nueva España había despertado grandes ambiciones; infestaban los mares constantemente los piratas, y nadie creía seguro exponer sus intereses al comercio exterior. Pusiéronse fuerzas guardacostas y se tomaron mil providencias, todas estériles. La última época de este virey se señaló por el desenfreno de los piratas y la inquietud continua del vireinato.

En el año de 1683 pasó de Veracruz por Méjico un célebre impostor llamado Benavides: fingióse general, licenciado y visitador. Pasaba como de incógnito, por cuya razón, tal vez, le llamaron *el Tapado*. La Audiencia siguió sus pasos, le mandó aprehender, y averiguada su impostura, le condenó á muerte.

LECCION DUODECIMA.

D. Melchor Porto Carrero Lazo de la Vega, Conde de Monclova, 28º virey (Noviembre 30 de 1686).—D. Gaspar de la Cerda Sandoval Silva y Mendoza, Conde de Galve, 29º virey (Setiembre 17 de 1688).—D. Juan Ortega Montañez, Obispo de Michoacan, 30º virey (27 de Febrero de 1696).—D. José Sarmiento y Valladares, Conde de Moctezuma y de Tula, 31º virey (Diciembre 18 de 1696).

Llamábase el virey Porto Carrero *brazo de plata*, á causa de tener sustituido con este metal el brazo derecho, que perdió en una batalla.

Desde Veracruz despachó dos buques á que averiguasen si los franceses habían establecido en el Seno Mexicano alguna colonia.

Posesionado del mando, redujo á su obediencia las provincias de Coahuila, estableció un presidio y fundó una colonia, que después ha conservado, convertida en pueblo, el nombre de Monclova.

En Méjico mandó continuar la obra del desagüe, bajo la dirección del Padre Cabrera, insigne matemático.

Al advenimiento del conde de Galve, sucesor del de Monclova, se encontró con nuevas noticias sobre el establecimiento de una colonia francesa. Expedicionando la autoridad de Coahuila por la laguna de San Bernardo, se encontró con un fuerte comenzado á construir, y muchos cadáveres de franceses que habían perecido á manos de los indios.

En 1689 se verificó el levantamiento de los tarahumares, quienes sacrificaron muchos prisioneros, no lográndose la pacificación sino por influjo de los Padres que salvaron de sus iniquidades.

En consecuencia de estos sucesos se estableció un presidio en la laguna de San Bernardo, y se envió una expedición á la isla Española de que se habían posesionado los franceses.

La expedicion salió de México, y se cubrió de gloria en una batalla campal dada á los franceses, en que perecieron más de treinta oficiales y trescientos filibusteros, quedando los españoles dueños de toda la parte setentrional de la isla.

En 1691 fué sometida la provincia de Tejas, fundándose poco despues el presidio de Panzacola.

En México, sensible el hambre á consecuencia de la pérdida de las cosechas, tomáronse inútilmente varias providencias procurándose abastos y la tasa del precio del maíz. El 8 de Junio de 1692 se amotinó la plebe prendiendo fuego á las casas de Cabildo y á las tiendas que habia en la plaza.

Al ver ardiendo las casas de Cabildo que contenian nuestros preciosos archivos, el eminente literato D. Carlos de Sigüenza y Góngora, acompañado de varios caballeros, se arrojó al lugar de las llamas, y corriendo peligro inminente, logró extraer de entre el fuego preciosos documentos históricos, no sin tener el sentimiento de ver parte de los archivos devorados por las llamas.

El conde de Galve, acobardado por los excesos de la plebe, se refugió al convento de San Francisco.

Al siguiente dia se hicieron prolijas averiguaciones sobre lo acontecido, y fueron ajusticiados inmediatamente ocho individuos que aparecieron como promovedores del motin, condenándose á otros muchos á la pena de azotes. A los indios se les mandaron quitar las melenas que usaban, y se les prohibió el uso del pulque. Se calcula que las pérdidas habidas por el incendio ascendieron á tres millones de pesos.

En 1694 se repitió la carestía de granos, y entónces se presentó acompañada de una terrible epidemia.

En 1695 españoles é ingleses expedicionaron contra los franceses de la isla Española, destruyendo los fuertes que habian levantado y quitándoles 81 cañones.

En 94 murió la célebre poetisa Sor Juana Inés de la Cruz, monja de San Jerónimo, de clarísimo talento y vasta erudicion. Sus contemporáneos le dieron el nombre de *Décima Musa*.

El conde de Galve, al volver á España, recibió testimonio de

consideracion, calificándose su gobierno de un modo favorable, por la justificacion y prudencia que le caracterizó.

D. Juan Ortega y Montañez, Obispo de Michoacan, tomó las riendas del gobierno.

El Sr. Montañez duró esta primera época, porque tuvo dos, ejerciendo el poder once meses.

En su tiempo estuvo cruzando el mar de las Antillas una escuadra francesa, llenando de sobresalto á México, donde se tocaban frecuentes rogativas para conjurar el peligro.

Durante el gobierno del Sr. Montañez hicieron los Padres Jesuitas su propuesta de la reduccion de California.

D. José Sarmiento y Valladares, conde de Moctezuma, sucesor de Montañez, era descendiente de los antiguos reyes mexicanos.

En los primeros dias de su gobierno hubo gran feria en Acapulco, á la que acudieron comerciantes hasta del Perú: en México quiso amotinarse la plebe por la carestía del maíz, pero fué sin consecuencia el conato de levantamiento, por las providencias eficaces que tomó el virey. Llevóse adelante la expedicion de los jesuitas á las Californias, quienes sólo se hicieron acompañar de una ligera escolta, y se instalaron en aquellas regiones, de que se posesionaron en nombre de Carlos II, dedicándose á la conversion de los infieles, hasta que fueron extrañados de los reinos españoles.

La carestía de los azogues se hizo sensible en tiempo de este virey, llegando á valer 300 pesos el quintal.

En 20 de Octubre de 1697 vomitó fuego el Popocatepetl.

Celebróse en 1698, con gran pompa, la paz, firmada entre España, Francia, Inglaterra y Holanda, mejorando con esto la administracion del vireinato.

En 1700 falleció el eminente literato Don Carlos Sigüenza y Góngora, de quien hizo una erudita biografía el Sr. D. Ramon Alcaraz.

En 1701 se publicaron los lutos por la muerte de Carlos II, terminando con este monarca el dominio de la casa de Austria, y

se juró rey á Felipe V, primero de la casa de Borbon, volviéndose á la corte el conde de Moctezuma.

LECCION DECIMATERCERA.

Resúmen.—Consideraciones sobre el Gobierno de la Casa de Austria.

La época que hemos recorrido de la dominacion española, abraza desde el advenimiento al trono de Cárlos I de España, V de Alemania, conocido en la historia con el nombre de Cárlos V, hasta la muerte de Cárlos II el Hechizado y gobierno de la casa de Borbon, es decir, un período de ciento noventa y siete años.

Aunque se describe como muy gloriosa la época de Cárlos V, por la extension de los dominios del potente monarca, por las victorias espléndidas de sus armas y por la grandeza deslumbradora de su Corte, realmente fué una época llena de inquietud y turbulencia para España, en que corrió á torrentes la sangre de sus hijos en defensa de sus libertades y en guerras sin cuento.

En 1521 perecieron en Villalar los fueros que tan justamente reclamaban las comunidades acaudilladas por el heróico Juan de Padilla.

Las expediciones á los Estados berberiscos, á Túnez, á Gante y á Argel, fueron otros tantos motivos de sacrificios inmensos para el pueblo español, que vió trasformarse á su monarca en monje de Yuste y trocar la brillante púrpura de su manto por el sayal de la penitencia.

Asciende al trono Felipe II, á quien llama la historia el Prudente, y yo apellidaria el Péfido ó el Inquisidor.

Apénas comienza, cuando se caracteriza su reinado con las expediciones y conquistas de África; levántanse furiosos los moriscos, y el esforzado bastardo D. Juan de Austria los vence y apacigua.

Ilustra el reinado de Felipe II la magnífica batalla de Lepanto,

en que combatió como bueno el autor del Quijote, inmortalizada por la lira sublime de Herrera, y que dió por resultado quedar destruido para siempre el poder marítimo de los turcos y tranquila la cristiandad respecto de nuevas invasiones.

A consecuencia de las querellas entre Antonio Pérez y Felipe II, perecieron los fueros de Aragon y se alzó Felipe II con el poder absoluto.

El nombre de Felipe II se ha hecho indivisible del de la inquisicion y la dominacion jesuítica y tiránica.

Felipe II murió y fué enterrado en el Escorial, despues de 42 años de reinado.

Márcase en la época de Felipe III, hijo de Doña Ana de Austria, la decadencia de la monarquía española; á la vez que se agotaron sus recursos y se diezmo su poblacion, invadieron sus mares holandeses, ingleses, turcos y berberiscos.

Débil el monarca y sin iniciacion de ningun género, descargó el gobierno en sus favoritos, el duque de Lerma y Don Rodrigo Calderon, cortesanos más ó menos diestros; pero el primero de mediana capacidad, y el segundo además ambicioso y cruel.

Como raros acontecimientos prósperos, se cuentan en ese reinado el triunfo de Ostende que dejó libre el tráfico entre la América y el Asia, y las paces con la Inglaterra.

No podemos aplaudir, como lo hacen algunos historiadores, la expulsion de los moriscos, que creemos bárbara y perjudicial á los intereses de España.

Al débil é inepto monarca de que nos acabamos de ocupar, sucedió Felipe IV, más incapaz todavía para el gobierno, sin paliar sus defectos como hombre de Estado ni aun su amor á las bellas letras.

Fué ministro y favorito de Felipe IV el Conde Duque de Olivares, quien fatuo, presumido y ambicioso, más que hombre de talento, dizque se propuso engrandecer la monarquía.

Organizó los famosos tercios españoles y declaró la guerra á Alemania, Holanda, Italia, Francia é Inglaterra.

Aunque alcanzaron algunas victorias las armas españolas, Fe-

lipo IV, en el tratado de Munster, tuvo que confirmar la independencia de las provincias unidas, abandonando todas sus conquistas.

La Francia, en virtud de las hábiles combinaciones de Richelieu, se interpuso entre la Italia y la España.

En los Países Bajos estalla la insurrección, que no termina sino con el tratado de los Pirineos.

Los catalanes se sublevan, y después de una sangrienta lucha de once años, arrancan á los altivos caudillos, marqués de Montara y D. Juan de Austria, sus antiguos fueros y privilegios.

En Portugal se proclama rey á D. Juan IV y se verifica su independencia de la monarquía castellana.

En nada mejoró aquella situación la caída del Conde Duque de Olivares, ni el advenimiento del gobierno de D. Juan de Haro, más capaz, patriota y prudente.

En Flandes sufren una derrota terrible los españoles en la batalla de Rocroy.

Para no divagarnos, copiamos en seguida el juicio sobre el reinado de Felipe IV, tomándolo de un eminente historiador español:

“El reinado de Felipe IV, llamado el grande, sin que se sepa por qué, ha sido uno de los más desgraciados de nuestra historia. En él continuó más rápidamente la decadencia de la monarquía española. Perdimos en Estados, en reputación militar y en consideración política. El Portugal independiente, la Jamaica conquistada por los ingleses y los países cedidos á la Francia en la paz de los Pirineos, fueron pérdidas hasta ahora irreparables, y en el tratado de los Pirineos se nos quitó el puesto de primera potencia dominante en Europa y pasó á Francia.”

Cárlos II, llamado el *Hechizado*, subió al trono de edad de cuatro años, y no fué realmente sino pretexto para el desarrollo de las ambiciones y de las intrigas: fanático visionario, sin voluntad propia y realmente incapaz, llevó la monarquía á su último estado de postración.

La corrupción se enseñoreó de la Corte; la victoria abandonó las armas españolas; las artes se degradaron y empobrecieron, supliendo el sobrecargo de adornos, la belleza, lo que se llamó estilo *churrigueresco*, y hasta el idioma sufrió con la algarabía llamada *gongorismo*.

Vireinatos, gobiernos políticos y empleos militares, todo se vendía; no se encontraba en la monarquía ni un navío, ni un buen general, ni un sabio, ni un buen político, según afirma D. Fernando de Castro.

Luis XIV, que como hemos dicho, tenía intervención en los negocios de España, acogió con gusto el testamento de Cárlos II, que nombraba á Felipe de Anjou, Borbon, como su heredero.

La Austria, la Inglaterra y la Holanda encabezan la *Santa Alianza* contra la Francia y la España, y comienza la *guerra de sucesión*.

La guerra á que nos referimos, de éxito vario, duró once años, terminando con el tratado de Utrech que tenía por principales condiciones, que D. Felipe sería reconocido soberano de España y sus Indias, supuesta la renuncia de la corona de Francia en todo evento: que Cerdeña, Nápoles y Milan se adjudicasen á la casa de Austria, y el reino de Sicilia al duque de Saboya; que Flandes pasaria al dominio de la casa de Austria; y que la Inglaterra conservaria Gibraltar y la isla de Menorca.

Reconocido Felipe V rey de España, sometió después de un sitio sangriento á Barcelona, que apareció disidente, y á las islas de Mallorca, Ibiza y Formentera, con lo que quedó pacificada España.

Habiendo enviudado Felipe V, contrajo segundas nupcias con Doña Isabel de Farnesio, heredera de los ducados de Parma y Plasencia, y este enlace elevó cerca de Felipe al célebre Alberoni, quien propuso destruir el tratado de Utrech y hacer pasar la regencia de Francia á Felipe V.

En estas circunstancias, emprende España, unida á la Francia, la conquista de Nápoles.

Durante la guerra de Francia, España y Prusia contra la sucesión de María Teresa al imperio, murió Felipe V.

El reinado de Felipe V, aunque turbulento, revivió el carácter esforzado de la nación: en lo administrativo se introdujeron reformas importantes por el francés Orry; se recobró Oran, se defendió á Ceuta y se sostuvieron las posesiones de América contra todo el poder de los ingleses.

Pero la referencia á este último reinado, es una verdadera divagación: el reinado de la casa de Austria, que es á lo que nos referimos, fué turbulento, desordenado y corrompido; se vieron en él constantemente oprimidos los pueblos por los contingentes de sangre y de dinero, y en el último estado de postración la nación entera. Si tal estado guardaba la nación, ¿qué sería de la colonia?

Los indios subsistieron en la más espantosa esclavitud, con el título de encomiendas y doctrinas; aunque se repelían leyes reales, órdenes y disposiciones benéficas, se eludían por intereses que no podían contrastar los reyes: esas leyes no se pusieron jamás en práctica.

Cruels y arbitrarios los conquistadores, venal é hipócrita el clero y rapaces y turbulentos los representantes del poder civil, se turnaban en la explotación de los pueblos, se aliaban para sacrificarlos á sus choques recíprocos. Contribuían al embrutecimiento de las masas y la exaltación de los robos, las arbitrariedades y desórden de los gobernantes.

En un principio hemos visto esos elementos en toda su deformidad, no obstante que el poder del clero, aún no corrompido del todo, era á veces regenerador y benéfico.

Hemos visto desde luego á Cortés planteando la esclavitud de las encomiendas, sacrificando á Cuauhtemotzin, perdido en las expediciones de Hibueras y combatido por Estrada, Salazar y otros, en medio de escandalosos motines.

Nuño de Guzman, Matienzo y Delgadillo, representan la crueldad y el robo, y todo es confusión, escándalos y sangre en los

días que siguieron á la consumación de la conquista, exceptuando la segunda Audiencia.

Cierto es que D. Antonio de Mendoza, D. Luis de Velasco, D. Gaston de Peralta y D. Martin Enríquez, fueron hombres personalmente pródigos y humanos.

Pero el primero se distrajo con la reducción de los salvajes, los amagos de conspiración, la peste y los disgustos con Cortés y los encomenderos; el segundo contaba con grandes antipatías por haber procurado la libertad de los indios y por la conspiración de los marqueses del Valle, que dió lugar á que se desplegara la furia de tigre del visitador Muñoz, ántes de D. Gaston de Peralta.

A Enríquez deben los pueblos el establecimiento odioso de las alcabalas, de la Inquisición y los jesuitas.

Los gobiernos de Moya de Contreras, Manrique de Zúñiga, Gaspar Zúñiga y Juan Mendoza y Luna, pasaron oscuros, sin más de notable que la severidad del primero y la guerra del Draque, y en los otros las diferencias con el clero por cuestiones de jurisdicción.

El obispo Guerra apenas hizo sensible su presencia en el gobierno: Guerra lucha contra los indios tepehuanes, y en tiempo del conde de Gelvez estalla aquel famoso motin, en que se vió insolente y dominadora la ambición clerical.

En tiempo de López Pacheco, tocan nuestras costas los holandeses, y el hambre y las inundaciones afligen su gobierno.

Armendariz, marqués de Cadereita, sucesor de Pacheco, cria la armada de Barlovento, y se hubiera señalado como benéfico este gobierno si no hubiera sido depuesto el virey por su parentesco con el duque de Braganza.

El Sr. Palafox, recto, pródigo y humano, se empeña en la ruidosa cuestión de jesuitas, y entra al gobierno el conde de Salvatierra, á quien sucede el obispo Rueda, quien sólo tiene el título de gobernador.

Las sublevaciones de los indios de Durango, son lo notable del tiempo del virey Guzman; Albuquerque se hace célebre más